

# MIRET MAGDALENA

## ¿A DONDE VAS, ESPAÑA? - I

Regreso de Alemania. De ver allí los resultados de la avasallante sociedad de consumo (llamada con nombre ambiguo sociedad del bienestar). Esa sociedad que se nos predica como el colmo de lo que puede y debe aspirar a ser un ciudadano del vacilante final del siglo XX.

Sin duda, viendo el ejemplo de aquel país, podemos calibrar mejor los peligros y tentaciones que en el nuestro se vislumbran.

Una mezcla extraña invade a Europa; y, ¿quién —persona o pueblo— podrá decir que se siente libre de estas influencias ambiguas?

Un redactor de la revista *Der Spiegel* me decía que este afán de mayor consumo, esta dureza inhumana y sin sentido —salvo el de consumir más— de la vida alemana actual, esta nivelación de la masa en una especie de automática esclavitud dorada, puede traer en la *Bundes Republik* la tentación de un neofascismo. El conformismo de los dos grandes partidos que gobiernan el país, su falta de ideología concreta para el porvenir (nadie sabe bien en qué se diferencian los social-demócratas de los demócratas-cristianos), su inclinación a la maniobra como único ejercicio de la política, su afán de medrar para tener en sus manos el poder (de la política o del dinero), todo ello puede jugar un papel decisivo en el futuro de esta nación, en donde un cierto bienestar sin alegría humana es la tónica general; porque la disciplina belicosa —marcada hasta en la música que se nos ponía en el autobús donde hicimos el viaje por todo el Oeste alemán— parece carne de su carne, y el afán de libertad parece un engañoso mito para mantener alucinada, en su egoísmo a ultranza, a la masa.

La única libertad que allí existe es la puramente catártica: la que le permite a uno desahogarse como ser de pasiones materiales —dinero o sexo—, pero no realizarse plenamente como ser humano.

El *strip-tease*, desde el más elegante del cabaret Imperial, de Frankfurt, hasta el más degradante del Dolly —a unos 50 metros de distancia— es igual: un ejercicio de excitación metódica sin gracia, mecánica y disciplinada, que sólo revela un estado de evolución inmadura en un pueblo que se cree desarrollado porque el marco vale cerca de 20 pesetas. El *strip-tease* (seamos sinceros) no es más que la necesidad de proyectar la propia sexualidad poco evolucionada en algo externo, que revela el infantilismo psicológico en que vive el adulto de esa masa. Allí no hay amor, ni siquiera verdadero amor libre —que ya sería un paso—, sino el descubrimiento admirativo y público de la intimidad haciéndola comercio.

El sexo no es verdaderamente libre en Alemania, a pesar del erotismo reinante; porque tiene todavía una fuerte dosis de comercialización, desde la carrera nocturna —eso sí, en coche— que hacen las prostitutas elegantes, dando la vuelta a las manzanas céntricas en automóviles de último modelo, hasta el «servicio» mixto religioso y sexual de algunos grandes hoteles. Yo estuve en uno —en este viaje profesional que acabo de realizar— donde se servían a los clientes esas elegantes prostitutas en el discreto bar del hotel, y en la mesilla de noche de la habitación se encontraban al mismo tiempo dos Biblias, una en alemán y otra en inglés para mayor comodidad, con el fin de asegurar «mecánicamente» tanto el placer sexual como la satisfacción religiosa de sus eventuales moradores, en mixtura significativa del «primitivismo» real de esta civilización pseudo-avanzada que se nos pone de modelo.

Tampoco la aparente libertad del sexo, existente en el país, es verdadera liberación de tabúes y de inmadureces, sino la libertad del niño que disfruta destrozando el juguete, sin llegar a captar su sentido y aprovecharse de él, porque no sabe darle el significado profundo que tiene.

Ni el amor es posible comprarlo ni es la simple realización mecánica sin participación efectiva, profunda, de nuestras urgencias instintivas de tipo material. La libertad —la verdadera libertad— no se obtiene ni con el poder que da el dinero, que en el fondo avasalla a sus poseedores o los convierte en avasalladores, ni con la facilidad para desahogarse instintivamente sin darse personalmente. La libertad es la liberación del ser humano en sus trabas y complejos internos y de los avasallamientos y alienaciones sociales.

Tendría que recordar esta Europa que se hunde humanamente —como previó por razones muy distintas Spengler hace cincuenta años— que el hombre y la mujer humanamente maduros son únicamente los que pueden decir: «Yo no pronuncio

una palabra que no sienta, ni doy un beso sin sentir cariño» (N. G. Chernishevski, ¿Qué hacer?).

Un capitalismo —pues todo en Alemania es capitalismo— que se mantiene en niveles cerrados de mando no puede producir sino el engaño de la libertad de concurrencia o la insatisfacción afectiva del hombre y la mujer tristemente felices que allí he visto.

En Alemania —como en casi todo Occidente— empieza una situación humana que yo llamaría pre-cristiana. Es la vuelta a los peores módulos humanos del paganismo greco-latino lo que comienza a rebrotar, pero con una diferencia: antes este paganismo tenía instrumentos de artesano; hoy se realiza, en cambio, con los poderosos instrumentos del ingeniero. Pero, en el fondo, esa masa «desarrollada» se encuentra tan poco humanamente evolucionada como la de los greco-romanos de ayer.

El sexo de estos países «desarrollados» del siglo XX occidental se parece extrañamente —con su inflación erótica y sus perversiones excitantes— al del mundo griego. Y la religión se encuentra en una ambigua encrucijada que no carece de cierta semejanza con la que allí tenía —mezcla de moralidad y superstición—, aunque en una fase distinta por corresponder a la civilización supertécnica de esta sociedad de nuestro tiempo.

La prostitución en el mundo pre-cristiano antiguo fue una institución normal en las diferentes civilizaciones que existieron desde la griega hasta las de Oriente Medio. Incluso esto se refleja en el mundo de la Biblia, aunque nadie se lo haya dicho a bastantes de mis lectores por ese falso querer ocultar la verdad, olvidando la evolución histórica de los pueblos. El cristianismo supuso —al menos teóricamente— una ruptura con esa actitud, pero el cristianismo ha sido olvidado por el mundo de nuestro Occidente.

Son dos especialistas católicos los que confirman este dato histórico acerca de la prostitución: «Los relatos del Antiguo Testamento —dice el profesor P. van Inshoot— no dan la impresión de que los israelitas hayan desaprobado energicamente la conducta de estas mujeres» (*Dictionnaire Encyclopedique de la Bible*). Y el Padre Dheilly asegura que «la prostitución existía en Israel igual que en los países vecinos, y el frecuentar las prostitutas no era prohibido moralmente en el Antiguo Testamento (Gen. 38, 15-19), porque la puesta en guardia que contra ellas se hace es sólo desde el punto de vista de la convivencia personal» (Prov. 29, 3; 31, 3). Lo que estaba claramente prohibido era la prostitución sagrada, tal como existía corrientemente practicada en otros pueblos vecinos a Israel, en los que mujeres —e incluso hombres— se dedicaban a ejercer oficialmente el acto sexual con los peregrinos que, de esta manera, se sentían unidos a los dioses de la fertilidad.

Hoy nuestro paganismo occidental queda en el plano puramente profano de esta sexualidad poco evolucionada, porque existe en él la misma tendencia a considerar como altamente social —en un mundo en que todo es objeto de canje monetario— la función sexual comercializada; o como el culmen de la libertad, la intercambiable facilidad sexual sin vivencias afectivas profundas y decisivas que no es, ni siquiera, amor libre porque no llega a la profundidad del amor plenamente humano y entregado.

Es lo mismo que ocurre en el plano religioso o en el político —y a los cuales me referiré en el próximo artículo—.

Por eso debemos pensar que cualquier ciudad o país de nuestra civilización occidental —tarde mucho o tarde poco— terminará por ser intercambiable en sus costumbres y actitudes si no rompe el círculo vicioso de la estructura capitalista de la vida, que se queda al nivel puramente mecánico luchando como átomos disgregados en un mundo de choques mutuos egoístas —de libre concurrencia o de libre sexo— para obtener satisfacciones puramente materiales en el sexo o en el confort. Por eso me pregunto —ante este viaje mío a Alemania—, y teniendo en cuenta que los medios de comunicación social lo transmiten todo y nos domestican a los hombres en la uniformidad superficial de la vida; ¿es consciente el hombre español de a dónde va, si sigue dejándose llevar del mimetismo capitalista o del mito de la libre concurrencia?

No olvidemos lo que antes he repetido: libertad es liberación de trabas internas y externas que no nos dejan evolucionar humanamente y que nos mantienen en un perpetuo infantilismo, o en una esclavitud de oropel, o —en el mejor de los casos— en una esclavitud dorada, pero esclavitud al fin y al cabo.